



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El nacimiento de María.—A mi hijo Lucas; poesía.—La manijera de Darro.—A D.^a Joaquina de Carnicero; poesía.—Los bienaventurados.—Modas.—Explicación del figurín para las suscriptoras á la edición completa.

EL NACIMIENTO DE MARÍA.

(Conclusion.)

IV.

Esa niña que ahora se agita blandamente cual tierno capullo acariciado por la brisa, derribará los ídolos de la impiedad y los baluartes del error, y los imperios levantados por el humano orgullo.

Sí.... porque vá á ser muy pronto elevada á la más alta esfera; porque vá á concebir y ser madre del que ha formado el universo, y dado belleza á las flores, y armonía á las aves, y grandeza á la creación, y esmaltado de soles el magnífico pabellon que nos cubre.

Y será enriquecida con todas las gracias, con todos los dones, con todas las magnificencias.

Y recibirá del Hacedor invisible diadema de rubíes, y un cetro robusto, y una soberanía superior á las que en el mundo existen.

Y mandará como reina.

Y obedecerán sus mandatos los espíritus angélicos, y los corazones creyentes militarán bajo sus inmaculadas banderas.

Y á la influencia de su poder, caerán por tierra los gigantescos edificios que la maldad erija.

Y la mentira será vencida por la verdad.

Y la enseña de la redención ondeará en todas partes.

Y las herejías sufrirán ignominiosas derrotas.

Y los tiranos se hundirán en el polvo.

Y la civilización de la cruz alumbrará el mundo con sus brillantes resplandores.

Y el Pontificado, institución divina, atravesará la corriente de los siglos, orlada su frente con los trofeos de sus enemigos.

No habrá nada que pueda resistir al potente empuje de María, de la egregia Virgen de Betlem.

Porque su fuerza será inquebrantable; porque su autoridad será inmensa; porque su grandeza confundirá á cuantos intenten empañar su inmortal corona.

¿Quién será capaz de luchar con María, con la Princesa de la eterna Sion?

¿Quién se atreverá á combatir sus prerogativas, á negar sus glorias, á ofender sus timbres?

¿Quién formará contra ella ejércitos y le hará una implacable guerra, y profanará el nombre augusto de la protegida del Altísimo?

¡Ah! ¡Desgraciados los que escarnezcan á la Virgen sin mancilla!

V.

Infinitos templos se dedicarán á María.

Monarcas y pueblos se postrarán ante sus altares.

Y los humildes reconocerán su clemencia, y los sábios su majestad, y los potentados sus inefables atributos.

Y los talentos encomiarán sus virtudes, sus escelencias, su poderío, su incomparable hermosura.

Y los vates cantarán sus grandezas, sus acciones, sus hechos, sus señalados triunfos.

Y las doncellas adornarán sus efigies conuntuosas ofrendas, con ramos de alielies, con guirnalda de jacintos, con odoríferas yerbas.

Los guerreros invocarán á la Virgen en los campos de batalla.

Y en su pecho llevarán su sagrada imágen, y las victorias más insignes alcanzarán por la mediación de María.

¿Preséntase algun problema que pueda hacer temblar á la humanidad?

No hay que temer su solución, su desenlace.

María hará fracasar los planes de los adversarios de su Hijo.

Con valor detendrá los golpes de la hipocresía; con firmeza destruirá los instrumentos del mal; con arrojo hará pedazos las infernales concepciones del presuntuoso.

Los amantes de Jesús acudirán á la abogada de los que gimen.

Implorará su patrocinio el náufrago en medio

del irritado Océano; el rey en sus mayores conflictos; el mendigo, afligido por el hambre; la jóven, combatida por una pasión violenta; el enfermo, aquejado por sus dolencias; el católico en todos los momentos de la vida.

Y María oirá las plegarias de los que á ella recurran, de los que á su sôlo se acerquen.

Y enjugará las lágrimas del desvalido, y consolará al infortunado, y derramará el rocío de sus finezas, y disipará completamente las borrascas del alma.

Porque su caridad será inmensa. Es hija predilecta de Dios, y asombrará al orbe por sus extraordinarios merecimientos.

Ninguno que con fé la invoque dejará de ser socorrido; ninguno que la ame se arrepentirá de ser devoto suyo.

VI.

¡Salve, niña augusta, Salve!

¡A tí alabanzas, á tí coronas, á tí bendiciones!

¡A tí los homenajes del corazón, á tí los sacrificios del alma fiel, á tí los nobles impulsos de la humanidad!

Los pajarillos gorjean alrededor de tu modesto palacio.

Y las áuras veneran tu hechicero rostro, y los manantiales te ensalzan, y la naturaleza te brinda con sus bellas pompas.

¡Crece, niña divina, entre los lípidos arroyuelos y los altivos cedros, y obsequiada, lo mismo por las humildes yerbecitas del valle, que por las hermosas flores de lujosos prados!

¡Duerme apacible sueño, criatura santa, embeleso del cielo y admiración del mundo!

¡El Señor te guarda, el universo te adora!

Y los ministros de Dios, estendiendo sus alas de púrpura, custodian respetuosos á la elejida para altos destinos.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

A MI HIJO LUCAS.

Duerme, hijo mío, en apacible calma,
Duerme feliz en tu inocente cuna,
Que los ángeles velan cariñosos
El sueño celestial de tu alma pura.

Duerme, ángel de mi amor, el grato ambiente

De dulce bienandanza hoy te saluda;
Que es el amor un puerto cariñoso
Donde las tiernas almas se refugian.

Y tú, dormido en maternal regazo,
Del mal no temes la sonrisa adusta
Viendo solo el placer, el puro goce
De las caricias que tu frente adulan.

Eres feliz sin conocer del mundo
Las borrascosas olas que le inundan,
De las pasiones el torrente osado
Que pasa hollando á la inocencia pura.

Ni ves cómo se agita impetuoso
En piélago de inmensas amarguras,
Del infortunio en las potentes aguas,
Mecidas al vaiven de la fortuna.

Para cada sonrisa de la diosa,
Que en su dorado carro nos saluda,
La enlutada *desgracia* nos envía
Mil y mil rayos de su flecha aguda.

Lágrimas y dolor son nuestra herencia,
Esperanza y amor nuestra ventura,
Y es eterno sufrir de nuestra vida
El perenne anhelar que nos abruma.

El hombre siempre en impaciencia loca
El complemento de su dicha busca;
Si realiza un deseo, al punto forma
Uno tras otro sin saciarse nunca.

Y no conoce que inmortal el alma
En esta tierra de miseria impura,
No puede hallar la perfección que anhela
Ni el completo ideal de su fortuna.

Ese deseo que constante brilla
Del hombre necio en la materia obtusa,
Es la prueba real de que buscamos
Un *más allá* que vive tras la tumba.

Duerme, hijo mío, pues, duerme tranquilo;
El maternal amor tu sueño arrulla:
No quieras conocer el hondo abismo
Que la malicia venenosa oculta.

¡Ay! ¡y ojalá que al despertar mañana
No agite tu razón horrible *duda*;
Vive siempre con fé, ten esperanza,
Y hallarás en el cielo la ventura!

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Agosto de 1863.

LA MANIJERA DE DARRO.

(Continuación.)

III.

Una mañana en que pasaban las espigadoras por la puerta de Dolores, se hallaba esta sentada en el carcomido escalon de aquella pobre casa, llorando más que cargada nube de otoño, y más pálida que una azucena que crece á la sombra de un añoso arbusto.

Sin embargo, en sus mejillas habia dos círculos encarnados, como dos rayos de sol entre un campo de nieve. No eran de rosa, no, aquellas chapas rojizas; eran rayas escaldadas y ardientes, formadas por lágrimas de dolor, angustia y desvelo.

Cuando la pobre niña distinguió á la Manijera, que, como tambor mayor en día de gala, iba delante de aquellas muchachas decidoras y alegres, se levantó con paso firme, y dirigiéndose á ella le dijo rápidamente:

—¿Quiere Vd. admitir otra espigadora?

—Me sobra el número que llevo, hija mía.

—Es que no tengo pan que dar á mis hermanos y á mi abuela, y necesito trabajar para ganarlo. ¿Sabe Vd. quién pueda necesitar de mis servicios?

—Pero criatura, ¿si se está Vd. cayendo muerta! ¿Si se conoce que no tiene fuerzas para andar siquiera!

—¿Que no tengo fuerzas! —dijo Dolores con acento sombrío; y dirigiéndose ligera hácia una gran piedra que habia arrimada á la pared, la levantó, arrojándola luego á gran distancia, y quedándose cruzada de brazos delante de la Manijera, exclamó con acento rónico y agitado:—¿Vé Vd. cómo valgo tanto como cualquiera de esas robustas muchachas que Vd. lleva?

Al decir esto, algunas gotas de sangre asomaron á sus labios, que limpió con presteza con el pico del delantal antes que se apercibiesen de ella.

—Mae María, —dijeron las jóvenes, condolidas del acento y la decision de aquella criatura;—déjela Vd. venir con nosotras, que si no puede trabajar, se distraerá al menos, y á la noche nos descuenta Vd. á cada una un cuarto de nuestro jornal, y se reúne el de ella. ¡Vamos, Dolores, vamos! Verás cómo en el campo te pones robusta y alegre como nosotras!

Y todas la abrazaron fraternalmente, llevándola casi en peso, y diciéndola frases cariñosas, que ella devolvía con melancólicas miradas.

La Manijera, que era una mujer más tierna que un terron de azúcar, tuvo que mirar hácia otro lado para hacer pucheros como un niño chiquito, viendo el desinterés y generosidad de aquellos tiernos corazones.

Dolores iba entre aquella turba, tan blanca y

transparente como una acacia en un campo de rojas amapolas.

La tisis, esa horrible enfermedad que al presentar los síntomas ya ha herido de muerte al desgraciado enfermo, hacía tiempo que invadía el pecho de Dolores; pero nadie sabía su mal. ¿Quién había de adivinarlo? ¿La había visto acaso médico alguno? ¿Tenía ella medios para curarse? ¿Se encontraba en el lugar quien visitase los dolientes? ¿Quién se cuida de esas cosas? Nazcan, vivan, trabajen y mueran, que lo demás nada importa.

¿Quién vá á averiguar lo que sufren detrás de aquellos montes, en aquel escondido valle, en lo alto de aquella colina ó en la falda de aquel cerro, esos oscuros habitantes, que al nacer el sol le saludan y salen á los campos á cultivar y recojer nuestro blanco pan, nuestros sazonados frutos y los estensos rebaños que han de servir para la delicia de nuestro paladar y el regalo y abrigo de nuestros cuerpos?

Por eso quizá no había en Darro ni médico, ni maestro (1), ni nada que indicase un átomo de ilustración siquiera....

Dolores llevaba la planta firme y el rostro más alegre que al salir de casa. La idea de que por la noche entregaría á su abuela un jornal para que llevara de comer á sus hermanos, llenaba de placer su muerto corazón.

—Mientras dure la espiga, —decía interiormente,—ellos no pasarán hambre ni penas. No tengais cuidado, pobrecitos de mi alma, que si hasta aquí he sido una flojonaza, remolona, prometo desquitarme y trabajar para vosotros, que tanto habeis trabajado por mí.

Y llena de júbilo á esta idea, empezó á batir las palmas y á cantar con sus compañeras:

¡Viva la espiga! Dios nos bendice.

¡Viva ese campo! ¡Viva el trabajo!

fértil y hermoso! ¡Vamos, muchachas!

lleno de granos! ¡Muchachas, vamos!

Y dando saltos, y brincos, y empujones, unas tras otras, corrían por aquellas llanuras de Dios, más contentas que las aves en las frescas mañanas de abril.

(1) Hace poco que esta última plaza se ha cubierto; pero aún no tienen facultativo.

—¡Qué tonta he sido, —decía la pobre Dolores,—en no venir antes con ellas! ¡Qué hermoso es el campo por las mañanas! ¡Cómo me voy á divertir! ¡Oh! esto me gusta, gozar y ganar dinero. Esta noche.... esta noche estará mi abuelita en la puerta, aguardándome sentada en la negra piedra que acostumbra, y yo iré saltando y riendo con mis compañeras, y al darla un tierno abrazo, arrojaré en su falda mi jornal. ¡Oh! ¡Qué alegría! ¿Por qué he sido tan imbécil antes? ¿Por qué no he trabajado? ¿Por qué no he sido útil á esos benditos de la Virgen, que por comprarme galas y fruslerías, trabajan como negros? Y á aquella pobre viejecita, ¿qué le compraré yo ahora? Porque yo tendré dinero; sí, dinero, como un hombre, como un padre de familia. Cuando se acabe de espigar, trabajaré en otra cosa. El señor cura dijo en su sermón el otro día, que la holgazanería es la madre de los vicios, y que el trabajo es la primera de las virtudes. Dios mío, ¡qué mala he sido, qué perversa, qué mala hija, qué mala hermana! Pero ya soy otra. ¿Veis, hermanos de mi corazón? Voy á trabajar, á ganar el sustento. ¡Qué abrazo más apretado os daré esta noche! ¡No veros en tantas horas! Pero abuelita os dirá que estoy convidada en casa del señor secretario, que he ido á distraerme, á ponerme mejor. ¡Si supieran á lo que he venido! ¡Ellos, que no quieren que su Dolores se mueva siquiera! Vea usted, eso es una tontería. De seguro que consentirían los dos morirse en aquel rincón oscuro, mejor que saber que mis manos habían tocado las espigas. ¡No lo sabrán, no! ¡Pobrecitos míos, qué buenos sois!

Y las lágrimas asomaban á sus ojos, y un violento golpe de tos la hizo detenerse y arrojarle en brazos de sus amigas.

—¡Cuando digo que esta niña está enferma! —esclamó la Manijera asustada y pálida como la cera.

—¡Cá, si no es nada; si no es nada! —contestó Dolores con una risa convulsiva.—¡Si es un pobre mosquito que se ha entrado por mi boca y por poco me ahoga con sus pequeñas alitas! ¡Vamos,—esclamó con frenesí,—vamos! —Y palmoteaba, y hacía por ir delante de sus compañeras; pero ¡ay! infeliz, sentía un agudo dolor en el pecho, unos terribles golpes en las

sienes, y un decaimiento y agonía indescriptibles.

Sin embargo, aquella pobre niña trabajó todo el día. Agobiado su cuerpo, hacía que se doblase su delicada cintura como el tallo de un lirio, á quien ha quebrantado el huracan.

Algunas veces enrojecia la sangre sus labios por detener la tos que la ahogaba. Otras veces se retiraba de la Manijera para poder toser con libertad; y entretanto que las otras jóvenes se contaban sus esperanzas y sus amoríos, ella murmuraba sordamente:

—¿Si tendrán razon en decir que estoy enferma? ¿Si no podré trabajar, Dios mio?

Y se detenía, y se oprimía el pecho con ambas manos, y se oscurecian sus ojos y se turbaba su razon.

¡Pobre niña; qué terribles horas debió sufrir!

Sin embargo, al otro día tambien fué al campo. ¿Y cómo fué, y cómo volvió, y cómo pudo trabajar?

Esfuerzo de la agonía, virtud sin límites, ¡cuánto es tu poder!...

IV.

Ya no trabaja Dolores; pero ya no sufre tampoco. ¡Qué hermosa está! La gloria se retrata en su semblante. Ya no derramará lágrimas por sus hermanos. Ya no se recuesta en las rodillas de la anciana.

Ya no pide trabajo en cambio de un pedazo de pan.

Ya no se levanta al amanecer para asomarse á la puerta y suplicar á la Manijera que la lleve por Dios al campo.

Ya no tiene que reir ni finir que está buena, mientras se rompea sus pulmones y se desgarran su pecho.

Ya no estrecha en sus manos las monedas escasas y pobres con la alegría del avaro que guarda en un escondite su tesoro.

Ya no necesita compasion de los hombres, ni manjarés prohibidos á los que deshereda la fortuna.

Ya es rica entre las ricas; feliz entre las felices.

Se continuará.
ROGELIA LEON.

A D.^a JOAQUINA DE CARNICERO,

Despues de la representacion del primer acto de la linda zarzuela titulada *La vuelta del marino*, letra de dicha señora, que comprende la tempestad, barcarola, brindis y otras bellísimas composiciones.

De dilatados mares apartada
Reposa la antiquísima ciudad,
Pero al compás de tu arpa acariciada
Oye rugir preciosa tempestad.

Y el plácido rumor que forma la ola
Sus raudas espumosas al tender,
Mientras resuena alegre barcarola
Casta ansiedad de enamorado ser.

Bello es cantar *La vuelta del marino*
Que abraza al padre, anciano pescador,
Y al punto entona un brindis peregrino,
Relato de su gloria y de su amor.

Así, entre tanto logra tu desvelo
Hacernos percibir de otra region
Brisa marina y despejado cielo,
Rindo á tus pies mi justa admiracion.

G.

Tortosa 12 de julio de 1863.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

Los pobres de espíritu.

CUADRO I.

(Continuacion.)

Juan Tenaza se echó á reir, y á Alejo se le saltaron las lágrimas; y no bien se habian re-
puesto de aquella deliciosa emocion cuando el
cartero les trajo la contestacion de la segunda
carta, que estaba concebida en estos tér-
minos:

«Querido amigo: De buena gana te llevaria
mis pantalones, si no fuera porque no tengo le-
vita para salir á la calle, y la ley de Dios pro-
hibe andar en mangas de camisa: mándame tu
frac y te los llevaré al momento. Tuyo-afectí-
simo, etc.»

Era cosa para desternillarse de risa. Alejo,
que tenia más de un motivo para rabiar, no
pudo menos de echarse á reir con toda forma-
lidad, en vista de aquella graciosa coincidencia.

¿Y qué tal lo pasarían los dos colegas á quienes habian recurrido, cuando no podian salir á la calle por la carencia de las piezas más importantes de su vestuario?

De algun consuelo sirvió á nuestros héroes saber que habia otros prójimos que se hallaban en su caso; pero al fin quedaba patente la buena voluntad de sus amigos, y se resolvieron á ir en persona á sus casas á buscar las prendas reclamadas.

Se arreglaron lo mejor que pudieron, y salieron de tiros largos, es decir, de camisa limpia, con lo cual juzgamos inútil añadir que las hojas del *Electo* y *Desiderio* hicieron el gasto, produciendo aquel día los dos más bonitos cuellos que la tijera supo cortar en la temporada.

A la una y media en punto se hallaban ya en la calle de Atocha á las puertas de Santo Tomás, y se presentaron tan compuestos, tan rizados, tan perfumados, que podian confundirse, al menos por la espalda, con dos flamantes pisaverdes.

VIII.

Ya los tenemos en campaña, lector amigo: abre los ojos cuanto puedas, porque sin sentirlo hemos llegado á un punto, desde donde vamos á contemplar de lleno el cuadro, razon por la cual reclamo tu atencion con más ahinco.

Es inútil que yo te describa el espectáculo que ofrece la calle de Atocha, cerca de las puertas de Santo Tomás, en un domingo á la misa de dos: supongo que habrás tenido ocasion de observarle más de una vez; pero si así no fuera, basta decirte que en los días feriados se establece allí una oficina permanente de telegrafía de amor, una fragua de conspiraciones casamenteras, y tambien quizás una fábrica de desengaños.

Entre la turba multa de pavi-pollos y de pollos-pavos que por allí pululan; entre la cáfila de jóvenes Adónis y de Tenorios lácios y trasnochados, descollaban por su gallarda apostura nuestros dos conocidos Alejo y Juan, interesantes muchachos que se sonreían con desenfado, y que se daban más tono que un *petit lyone* del gran mundo, manifestando en sus movimientos y en sus miradas hallarse poseídos de una *fashion* encantadora.

Sin embargo, sus ojos avizoraban en torno, y

era de ver el contraste que ofrecían el impaciente Alejo y el cachazudo Tenaza, que, fiel á su sistema, decia á su amigo de cuando en cuando:

—No hay que amilanarse; la ocasion es calva; pecho al agua, serenidad y ganamos prenda.

En esto el reloj vecino dió lentamente las dos menos cuarto, y casi al par se percibió en la plazuela de Santa Cruz el alegre rumor que producía una berlina tirada por dos magníficas yeguas inglesas de color de perla, y tan pronto como la descubrió Alejo, no pudo contener un suspiro de gozo, diciendo al oído de su camarada:

—Ya están ahí.

Y al pobrecillo le latía el corazón con una violencia prodigiosa.

Los ojos de Tenaza se dilataron casi hasta un grado inconmensurable; y fijándose en la berlina, vieron que se apeaban de ella dos mujeres, de las cuales, la una era la rubia de los ojos azules con quien hemos hecho conocimiento en la calle de Alcalá al principio de este cuadro, y la otra, una chica que no tenía nada de particular y que trascendía á la legua á camarista ó doncella.

Juan Tenaza clavó sus ojos y sus cinco sentidos en la doncella á fin de practicar un rápido examen fisiológico, y por lo visto no debió quedar descontento de la fisonomía de la muchacha, porque dijo muy quedito á su compañero:

—Todo se vá á conducir admirablemente.... La doncella es una *bobalicona*.

Y en efecto, el aspecto exterior de aquella chica se prestaba á conjeturar de una manera probable en favor de la opinion de Juan Tenaza: era fea, cargada de espaldas, y tan delgada que parecía un alambre; era de una naturaleza enfermiza, y se conocía que su vida estaba minada por ocultos padecimientos. Sin embargo, lo que chocó un tanto cuanto al intrépido Tenaza, fué que aquella jóven vestía con más lujo que la rubia; pero esto no era de extrañar en un pueblo donde las doncellas y criadas visten como archiduquesas.

Las dos mujeres se encaminaron hácia el templo, y nuestros dos amigos se apresuraron á entrar delante para ofrecerlas el agua bendita, operacion que le valió á Alejo la más fina de las sonrisas de la encantadora rubia.

Inútil es decir que los dos camaradas se colocaron en sitio desde donde podían atisbar cómodamente á las dos mujeres; pero en honor de la verdad, debemos consignar aquí que una y otra oyeron misa con devoción, á despecho de aquellos dos diablillos tentadores, que no hubieran tenido reparo en convertir el templo santo en oficina telegráfica.

Se acabó la misa, volvieron á ofrecerlas agua bendita, y á la salida de la iglesia se plantó Juan Tenaza de un brinco al lado de la presunta doncella, componiéndose de modo que Alejo y la rubia quedaron interceptados, ó mejor dicho, en libertad de hablar sin testigos.

Lo que pasó entre Juan y la *bobalicona*, no lo sabemos, porque nada nos importa; pero el diálogo rápido que tuvo Alejo con la rubia es de tal importancia para la buena inteligencia de este asunto, que no podemos omitirle.

—Señorita, —la dijo con voz trémula,—tenemos dos minutos para hablar.... La ocasión es preciosa.... Su doncella de Vd. no puede oírnos.... ¡Tengo tanto que decir á Vd.!

La rubia se sonrió de una manera angelical, enseñándole dos lindísimas hileras de perlas.

—Hable Vd., —le dijo con un perfecto timbre argentino.

—El caso es,—balbuceó Alejo temblando como un azogado,—el caso es que no sé cómo empezar..... Vd. conoce, es decir, Vd. debe saber que yo estoy muertecito por su hermosura, y que si Dios no lo remedia, estoy á pique de ser víctima de una peligrosísima enfermedad. Si Vd. no me ama..... moriré.

La jóven se volvió á sonreír.

—Y ha de saber Vd., —prosiguió Alejo,—que su sonrisa de Vd. me mata como si fuera el veneno más corrosivo..... No se ría Vd., por Dios..... Hablemos formalmente, señorita..... ¿Cómo se llama Vd.?

—Laura.

—¡Laura!..... Válgame Dios y qué nombre tan dulce tiene Vd..... Laura es el consonante de *aura*, y Vd. es el aura bienhechora de mi vida. Ya sé que su papá de Vd. es millonario, senador del reino, general....

—Oiga..... ¿Vd. sabe.....?

—Lo sé, y esto es lo que me apena: yo no soy mas que un simple estudiante de leyes que

se va á licenciár, si Dios es servido, de un día á otro; pero la quiero á Vd. más que á las niñas de mis ojos, y aunque, á la verdad, no tengo sobre qué caerme muerto, juro á Vd. por el santo de mi nombre que si me otorga su mano he de trabajar más que un peon de albañil, y he de ser el marido más bonachon del mundo. Bien siento que su gerarquía de Vd. sea superior á la mía: yo hubiera deseado que usted fuera de estirpe más inferior; pero tampoco es razón que yo deje de amarla por ello, máxime cuando la quiero por sus propios méritos.

(Se continuará.)

MODAS.

Correo de señoritas.

Terminada la escursión por el campo ó por las montañas, suena la hora de las visitas y de los paseos.

Ya en Madrid apenas se reconocería á la graciosa campesina trasformada en elegante y distinguida cortesana, con su traje de tafetán gris de cuadros á dos tintas, con cuerpo alto, mangas de codo, y una guarnición Magenta dispuesta á bieses en el bajo de la falda, bajo unos cabos retenidos por un boton á cada punta. Estos cabos tienen quince centímetros de altura, y están colocados á corta distancia unos de otros. El pardessu igual, está guarnecido como la falda.

Otro traje de alpaca maiz, tiene por adorno una greca de encaje rodeado de un fleco blanco y de un encajito negro puesto al borde. Dos vueltas de encañonados negros colocados por debajo, están separados por un flequito apoyado en un estrecho encaje. El pardessu del mismo modo.

Otro traje azul de una tinta deliciosa, con volantes de Chantilly y camail igual.

Otro de tafetán escocés (tejido muy á la moda) con cuerpo alto, mangas ajustadas, y una larga cintura terminada con un gran fleco.

Otro de gasa de seda blanco y negro, con un gran volante guarnecido de alto á bajo con un gran pié adornado de un bies de tafetán grosella y de una cinta del mismo color, sujetando un volantito galoneado de grosella. La

misma disposicion en aumento termina el volante. El cuerpo cuadrado y abotonado por delante con botones de tafetán grosella. El contorno guarnecido de un volante con pié fijado al cuerpo, al borde de una graciosa golilla compuesta de dos bullones de tul por delante y uno solo por detrás. Una cinta grosella, pasa en la concavidad donde se unen los dos bullones, y guarnecen los dos ángulos *pomponnettes* de la misma cinta. Este cuerpo es escesivamente gracioso. Las mangas pueden ser cortas ó semi-largas y guarnecidas por el estilo de la falda. Otro traje ligero, con un cuerpo perteneciente al género que acabamos de describir, con mangas largas compuestas de siete bullones en disminucion, separados por una cinta replegada sobre sí misma. El último bullon que se detiene en el puño es casi ajustado.

Otro de tafetán blanco punteado de negro, guarnecido de un doble volante de Chantilly, colocado al borde de un entredós igual.

Un traje de interior de cachemir blanco, con mangas de codo, y una guarnicion de cinta de tafetán azul Napoleon; una pequeña pelerina igualmente guarnecida de un plegado más estrecho, y una larga cintura adornada de un encañonado al borde.

Ya se dejan ver las confecciones y los tejidos de media estacion, con las disposiciones y dibujos que deben suceder á los tejidos ya demasiado ligeros. Hay una turba de foulards generalmente sobre fondos de tintas neutras. Los colores gris fieltro, cuero y lila, son los más generales. Los dibujos sumamente variados son menudos y delicados.

Algunas veces tinta sobre tinta, género camáfeo, ó bien á ramitos sembrados.

Las rayas Pekin y los foulards Shanghai, se llevarán mucho todo el mes de setiembre, adornados de diferentes modos sin precisar el género, pero al modo de guarnecerlos conviene que sea el traje más ó menos elegante, porque el foulard se emplea para toda clase de toilettes.

Recomiendo á las amantes de perfumar sus habitaciones el vaporizador para quemar perfumes. Tiene privilegio por su sistema de báscula que permite emplearse sin cuidar de él una vez encendido, pues evaporado el líquido perfumado que se halla en el alambique, se es-

tingue la lámpara por sí misma, lo cual impide se queme el vaso y evite todo accidente. Así, nada más suave que quemar las esencias de Ambrosia, Chipre, heno fresco, cuero de Rusia, magnolia florido ó violetas de Parma, cuyos olores, de una suavidad que no perjudica al sistema nervioso, son de una escelencia aristocrática.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Explicacion del figurin para las suscriptoras á la edicion completa.

1.^a figura. Traje de señora. Falda de piqué blanco, guarnecida en el bajo con cinco terciopelitos estrechos. Paletot parecido, rodeado igualmente de terciopelitos, teniendo en el bajo de las mangas y en el pecho unos medallones de pasamanería. Sombrero de paja belga, con puff de plumas color gris leonado y caídas de blonda. Cuellos y mangas lisas.

2.^a figura. Traje de niña. De tafetán á cuadritos azul y blanco: la falda está adornada en el bajo con una guarnicion de tafetán azul encañonado en forma de ondas que se cruzan las unas sobre las otras. Cinturon y tirantes parecidos, con un encañonado azul sobre los contornos. Camiseta de muselina á plieguecitos con mangas anchas y puños de encaje. Sombrero redondo de paja de Italia, forma baja y bordes rebajados con adorno de cinta de tafetán azul y puff de rosas y musgo. Pantalón blanco, botinas azules con puntas verdes.

3.^a figura. Traje de niño. Vestido de piqué blanco, bordado con trencillas color de oro. El cuerpo es abotonado y ajustado al tallo: mangas largas. Camail bordado como el vestido, con un encañonado de tafetán siguiendo el contorno, cuello y mangas bordadas, sombrero blanco enteramente cubierto de plumas blancas y botones de oro. Pantalón blanco, botines grises muy claros, con punta negra.

ADVERTENCIA.

Nuestras suscriptoras á la edicion completa recibirán con este número la continuacion de la novela MATILDE ó EL ANGEL DE VALDE REAL, que procuraremos concluir sin interrupcion, para seguir publicando LA PASTORA DEL GUADIELA.

Por todo lo no firmado.

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.